Cáliz y Estrella, es cierto y que estamos dispuestos a demostrarlo, y que toda vez que hagan algo que merezca censura, lo censuraremos, por creer que una revista confeccionada por maestros, debe estar bien hecha por lo menos.

FRANCISCO GARRIDO.
(L. Gantito).

PARA VOSOTROS

Juicios inestables

Es curiosísimo el estudio de los distintos aspectos que presenta la mujer ante los ojos del hombre. Como madres somos los seres más perfectos de la creación; como hermanas ya descendemos a su propio nivel; como amigas personificamos la astucia y la coquetería; como novias, ¡ay, este juicio es el peor! nos rebajan hasta ver en nosotras un alma vulgar, que sólo sirve para engañar, capaz de todas las veleidades, inconsciente, egoísta, irreflexiva, voluntariosa. ¡Dios mío cuanta iniquidad!

Pero no termina con esto el cúmulo de las apreciaciones torpes; hay más, algo que no se puede escuchar por grosero, y otro poco que no se puede decir sin peligro. Yo, que tengo desde niña arraigado el espíritu de observación, he podido sorprender determinadas interioridades en los corazones jóvenes, que me han llenado de pena y desconsuelo al contemplar, en el relámpago fugaz de una frase, la cienaga de infinitas observaciones que allí se agitan con embates de ola embravecida: *El becerro de oro* es el dios de todas las mujeres.

¿Se pueden oír tales desatinos con tranquilidad? ¿De manera que la madre que sacrifica su bienestar por el de su hijo, que hace su orgullo de su honor, que cifra su esperanza en su mañana, que seca sus lágrimas con sus besos, que... guarda su nombre para balbucearlo en su postrer suspiro, merece un concepto tan bajo? ¿Y la que solicita se desvive por complacer al hermano, renunciando hasta sus propias vanidades en obsequio suyo, es digna de un juicio tan pobre? ¿Y la que noblemente hace de su corazón un altar de castos amores es acreedora a tan despreciable sanción? Ustedes podrán llamar a mis palabras lirismos, sueños, idealidades, pero no dejarán de reconocer que aletea en el fondo de ellas una verdad incontrovertible, pujante, avasalladora. Peusemos serenamente sobre la cuestión, y el examen nos dará mayor claridad y más abundantes pruebas.

Si cambia la esencia de un ser, éste se altera o se destruye. Lo mismo que un ácido reacciona sobre un metal, descomponiéndolo, para formar otro cuerpo llamado sal, de caracteres distintos, así ocurre con la vida moral, con ese gran mun-

do metafísico: en tanto que no haya modificación en la esencia, los caracteres seguirán siendo los mismos. Por lo tanto, ¿se puede, lógicamente, suponer que haya variado un alma cuando no ha existido más que una ligera modificación de los accidentes o circunstancias? ¿Quién es capaz de explicar cómo se puede llevar a cabo una transformación honda, radical, en la vida de la mujer sin que los átomos de una educación perfecta hayan substituido a los que integraban la primera? Y si esto es innegable, ¿con qué razón se le pueden atribuir ideas volubles, instintos egoístas, sin que nada en ello haya cambiado? Es decir, que nosotros tenemos dos personalidades; una, desinteresada, inquebrantable, digna; otra, caprichosa, inconstante, artificiosa, que corresponden invariablemente a determinados estados sociales. ¿No será este uno de tantos absurdos? ¿De forma que nuestra madre, hermanas y amigas son arquetipos de perfección y de virtudes, incapaces de seguir inconscientes la gloria mentida y relumbrona, no siéndolo, en cambio, las demás? Tened la certeza de que vuestra opinión vuelve reflejada contra vosotros. Si en vuestras soledades sometéis el juicio a la más leve disquisición, os convenceréis de que no resiste a las más sencillas impugnaciones. A mi parecer es cosa necia admitir tales metamorfoseos por arte de encantamiento.

Antes de terminar quiero decir dos palabras en contestación a las cuartetitas que tuvo la humorada de publicar nuestro ingenioso coplero, señor Zeraus.

Le conozco a usted, aunque no personalmente—y de verdad que lo siento—si por sus versos, que siempre me hicieron paladear un rato de satisfacción con la fina sátira que supo engarzar en sus ritmos. No porque me haya correspondido hoy una sonrisa burlona de su musa voy a cambiar de opinión, no.—Ya ve usted como las mujeres también somos razonables—Pero lo que sí deseo, es convencerle de que mis apreciaciones podrán ser erróneas, pero nunca serán interesadas, ni, menos, caprichosas.

¿Que debo ser una joven de *chípén*? Já, já, já... Si hubiese usted leído mi artículo anterior, no diría esas cosas. No pretenda jamás averiguar mi nombre, porque no lo conseguirá. Confórmese con saber que soy una de sus más fervientes lectoras.

P. PITA.

RÁPIDA

LA VIDA

Es la vida algo tan deleble y transitorio, tan fugaz y pasajero, que, casi pudiéramos decir: se nace al alborear de un día para morir al anochechar del mismo.

Nace el hombre falto de todo ropaje, libre de toda falsedad y toda malicia; y moriría muy pronto, a no ser por sus cari-

ativos progenitores que, una vez nacido, le visten, le cuidan y le atienden para que, de esta suerte, crezca, se desarrolle y viva.

Pasa su infancia entre risas y pueriles alegrías; no se imagina que pueda haber otra edad diferente a la en que vive; cree que todo el resto de la vida se desliza en un ambiente igual; hállese entonces dichoso, feliz, en una palabra.

Sigue creciendo hasta llegar a la plenitud de su desarrollo: hasta los veinticinco años.

En esta edad es cuando trabaja el hombre más que en ninguna otra; sólo piensa en la ciencia, si a ella se dedica; en el cultivo del campo, si en él tiene puestos sus desvelos; en las artes, si su espíritu le induce hacia algunas de ellas; en la vida, en fin, considerada bajo sus distintas formas de ocupación y trabajo.

Llega, por último y después de esa edad plétórica y rebosante de vida, a la virilidad y luego empieza a envejecer.

Ha perdido el cabello el tinte negro que tuviera en otro tiempo; ya los movimientos no se ejecutan con la soltura y rapidez que antes; ya al hombre, en estas condiciones y llegado a tales extremos, sólo la muerte le acecha, que más o menos impasible espera, hasta que irremediamente se presenta y le hace morir.

Tal es, a grandes rasgos, nuestro tránsito por este mundo; tan indeleble y transitorio, tan fugaz y pasajero, que, casi pudiéramos decir, se nace al alborear de un día para morir al anochechar del mismo.

CRUZ M. ESPADA.

A la anónima P. Pita

A vos Pepita dirijo
la humilde composición,
que en un momento hemos hecho
entre Calderón y yo.

*Con asombro de escucharte,
con admiración de oírte,
no sé qué pueda decirte
ni qué pueda preguntarte;
mira que fea llamarte
en plena Carretería,
algún bárbaro sería
sin pizca de educación,
y debiste con razón
llamar a la policía.
Apurar cielos pretendiendo
ya que me tratáis así,
que delito cometí
contra vosotros, naciendo,
contestarle así yo entiendo
que debisteis contestar,
y no debisteis callar,
pues os sobra la razón
y que tenéis corazón
hasta para mucho más.
Hay que ver, que consintieras
el insulto de ese modo
y que dejes pasar todo
sin molestarte siquiera;*